

La Trinidad Explicada con Versículos Bíblicos | Voces de la Biblia

La escena del Jordán: una revelación única

La Trinidad de Dios es uno de los misterios más profundos y, a la vez, más prácticos de la fe bíblica. Para comprenderla, podemos comenzar junto al río Jordán, donde Juan el Bautista fue testigo de una escena extraordinaria: Jesús estaba en el agua, el Espíritu Santo descendía sobre él y una voz hablaba desde el cielo.

En un mismo instante aparecen el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta escena plantea preguntas fundamentales: ¿son tres dioses?, ¿es un mismo Dios cambiando de máscara?, ¿o estamos ante algo más profundo sobre la naturaleza del único Dios verdadero?

¿Quién era Juan el Bautista y cuál fue su misión?

Antes de hablar de la Trinidad, es importante conocer a Juan el Bautista, el hombre que fue testigo de este momento. Juan había sido anunciado por los profetas Isaías y Malaquías y su misión era preparar a Israel para la llegada del Mesías. Su mensaje era claro: arrepentíos.

Juan entendía que su ministerio no consistía en hacerse famoso, sino en revelar a Jesús. Por eso dijo en Juan 3:30: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.» Su actitud muestra que, cuando el Espíritu Santo obra correctamente en

una vida, Jesús no queda en segundo plano, sino que es exaltado.

¿Por qué Jesús pidió ser bautizado?

El bautismo de Juan estaba relacionado con el arrepentimiento, pero Jesús no tenía pecado que confesar. Hebreos 4:15 señala que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, y 1 Pedro 2:22 afirma que no hizo pecado ni se halló engaño en su boca.

Cuando Juan se pregunta por qué Jesús viene a ser bautizado, Jesús responde en Mateo 3:15: «Así conviene que cumplamos toda justicia.» Su bautismo representa identificación con las personas que vino a salvar, obediencia a la voluntad del Padre y el comienzo de su ministerio público. También se convierte en una revelación pública de quién es Jesús y en una confirmación divina del Padre.

El momento del bautismo: Padre, Hijo y Espíritu Santo

Mateo 3:16 y 17 presenta una escena extraordinaria. Los cielos se abren y el Espíritu de Dios desciende como paloma. Después se escucha una voz desde los cielos que dice: «Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia.»

El Hijo está presente en el agua, el Espíritu Santo desciende y el Padre habla desde el cielo. Los tres aparecen al mismo tiempo y realizando acciones diferentes. Por eso, el bautismo de Jesús se presenta como uno de los puntos de partida más poderosos de la Biblia para comprender quién es Dios.

El testimonio de Juan: el Cordero

de Dios

Juan el Bautista vio venir a Jesús y declaró: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.» Después explicó lo que había visto: el Espíritu descendía del cielo como paloma y permaneció sobre Jesús.

Juan terminó dando testimonio de que Jesús es el Hijo de Dios. En una misma declaración aparecen tres verdades: Jesús es el Cordero de Dios, Jesús es el Hijo de Dios y sobre Jesús descendió el Espíritu Santo. Juan distingue claramente estas identidades.

¿Quién es Jesús? La deidad del Hijo

Para comprender la Trinidad es necesario establecer quién es Jesús según la Biblia. Juan 1:1 declara: «En el principio era el verbo y el verbo era con Dios y el verbo era Dios.» Más adelante, Juan 1:14 afirma que aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros.

Después de la resurrección, Tomás reconoce a Jesús diciendo: «Señor mío y Dios mío.» Colosenses 2:9 también afirma que en él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad. Hebreos presenta al Hijo con las palabras: «Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo.»

Jesús también declara en Juan 8:58: «Antes que Abraham fuese, yo soy.» Por eso, según el contenido presentado, Jesús no es simplemente un profeta que apareció en la historia. El Hijo eterno se hizo carne.

¿Quién es el Padre?

El Padre envía al Hijo, habla desde el cielo, ama al Hijo, lo glorifica y recibe la oración de Jesús. En Juan 17:1, Jesús dice: «Padre, glorifica a tu hijo para que también tu hijo te

glorifique a ti.»

Jesús se distingue constantemente del Padre. La conclusión es clara: Jesús no es el Padre, pero Jesús es plenamente divino. La distinción entre el Padre y el Hijo es esencial para comprender la relación que presenta la Biblia.

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo habla, enseña, guía e intercede. Hechos 13:2 recoge sus palabras al decir: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.» Juan 14:26 habla de su enseñanza y Juan 16:13 de su guía.

El Espíritu también puede ser contristado, como señala Efesios 4:30. En Hechos 5, Pedro dice a Ananías que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios. Por ello, el Espíritu Santo no se presenta como una simple energía, sino como una persona divina que habla, guía, enseña, convence y obra dentro de nosotros.

¿Qué es la Trinidad?

La fórmula presentada en el texto es esta: un solo Dios. Deuteronomio 6:4 declara: «Oye, Israel, Jehová nuestro Dios. Jehová uno es.» El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. Al mismo tiempo, los tres son distintos entre sí.

Por tanto, se habla de un solo Dios y tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No son tres dioses, tampoco es un Dios que cambia de personaje según el momento y tampoco son tres partes de Dios repartidas entre ellos.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo actuaron juntos en la creación y también actúan juntos en la salvación. El Hijo redime, el Padre acepta y el Espíritu regenera. Es un solo Dios obrando en perfecta unidad.

¿Aparece la palabra «Trinidad» en la Biblia?

La palabra Trinidad no aparece en la Biblia. Sin embargo, el texto plantea que la cuestión importante es si la realidad que esa palabra intenta describir aparece en las Escrituras.

Mateo 28:19 habla de bautizar «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Se utiliza la palabra nombre en singular y se mencionan tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo. También 2 Corintios 13:14 presenta juntos al Señor Jesucristo, a Dios y al Espíritu Santo.

Génesis 1:26 recoge las palabras: «Hagamos al hombre a nuestra imagen.» El verbo aparece en singular, mientras que «hagamos» y «nuestra» están en plural. La doctrina, según el texto, no depende de una sola palabra, sino de reunir lo que toda la Biblia enseña.

Error 1: ¿Son tres dioses?

Si existen tres personas, podría parecer que estamos hablando de tres dioses. Sin embargo, la Escritura insiste en que hay un solo Dios. Deuteronomio 6:4 declara: «Jehová nuestro Dios. Jehová uno es.» Isaías 43:10 afirma que antes de Dios no fue formado otro dios ni lo será después, e Isaías 44:6 declara: «Fuera de mí no hay Dios.»

Por tanto, la enseñanza presentada mantiene juntas dos verdades: hay un solo Dios y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son distintos.

Error 2: ¿Son tres nombres o máscaras para la misma persona?

Otro error consiste en pensar que Padre, Hijo y Espíritu Santo

son simplemente tres nombres para una misma persona. El bautismo de Jesús muestra algo diferente: Jesús está en el Jordán, el Espíritu desciende sobre él y el Padre habla desde el cielo.

También en Juan 17 Jesús ora al Padre y en Juan 14:16 dice: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador.» Si Jesús fuera el Padre, la relación que aparece en estos pasajes no tendría sentido de la misma manera.

La relación entre el Padre y el Hijo que presenta la Biblia es real. No se trata de tres máscaras temporales de una misma persona, sino de tres personas que se relacionan entre sí.

Error 3: ¿Fue Jesús solo un profeta o un ser creado?

Juan 1:3 afirma que todas las cosas fueron hechas por medio de Jesús y que sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Colosenses 1:16 y 17 también señala que en él fueron creadas todas las cosas y que él es antes de todas ellas.

Por eso, el texto concluye que Jesús no puede ser presentado como una de las cosas creadas. No es simplemente un profeta, un ángel elevado o un ser creado con un rango especial. Es el Dios Hijo eterno que se hizo carne por amor a nosotros.

Error 4: ¿Es el Espíritu Santo solo una energía?

El Espíritu Santo habla, enseña, guía, intercede y puede ser contristado. Hechos 5 muestra además que mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios.

Por eso, el texto presenta al Espíritu Santo como una persona divina y no como una fuerza que Dios utiliza como si fuera una herramienta. La respuesta bíblica no consiste en intentar

manipularlo o exigirle, sino en escuchar, obedecer, someterse y caminar junto a él.

Error 5: ¿Son tres partes repartidas de Dios?

Otra idea equivocada es pensar que el Padre es un tercio de Dios, el Hijo otro tercio y el Espíritu Santo el tercio restante. Colosenses 2:9 dice que en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la deidad, no un tercio.

Las comparaciones con un huevo, el agua en sus tres estados o un trébol pueden ayudar inicialmente, pero no explican de manera exacta la Trinidad. La conclusión presentada es que la Trinidad no puede explicarse perfectamente mediante un objeto creado. Es un misterio que adoramos, no un rompecabezas que resolvemos.

Si Jesús es Dios, ¿por qué ora al Padre?

Jesús ora al Padre porque el Hijo y el Padre son personas distintas. Filipenses 2:6-8 explica que Jesús existía en forma de Dios, pero tomó forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte.

Su sumisión en la tierra no significa que dejara de ser divino, sino que se humilló voluntariamente para cumplir la misión del Padre. Juan 1, Juan 17:5, Filipenses 2:6-11 y Colosenses 2:9 presentan elementos que, según el texto, encajan entre sí.

¿Quién levantó a Jesús de los

muertos?

La Escritura atribuye la resurrección de Jesús al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Gálatas 1:1 habla de Dios el Padre que lo resucitó de los muertos. Juan 10:18 recoge las palabras de Jesús: «Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar.» Romanos 8:11 habla del Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús.

El texto no presenta esto como una contradicción, sino como la obra unida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: un solo Dios actuando en perfecta armonía.

La Trinidad en el plan de salvación

La Trinidad no se presenta como un rompecabezas de teólogos, sino como parte del corazón de la salvación. El Padre envía al Hijo, el Hijo se hace carne, el Espíritu participa en la encarnación y unge el ministerio de Jesús.

El Hijo se ofrece a sí mismo en la cruz, el Espíritu levanta a Jesús de los muertos y Cristo derrama el Espíritu sobre su Iglesia. Padre, Hijo y Espíritu Santo cumplen papeles distintos, pero actúan con un solo propósito redentor.

¿Por qué importa tanto esta doctrina?

Esta doctrina importa porque trata de quién es Dios. Juan 17:3 dice: «Esta es la vida eterna, que conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo.» La cuestión no es solamente creer en Dios, sino conocer al Dios que se ha revelado.

También protege la manera de entender a Jesús y el evangelio. Pablo advierte sobre quienes predicán otro Jesús, y un Cristo distorsionado produce un evangelio distorsionado. Jesús no fue simplemente un maestro moral, sino el Hijo eterno hecho carne.

La doctrina también afecta la adoración y la relación con el Espíritu Santo. Si el Espíritu es una persona, no se trata simplemente de buscar una experiencia o una sensación, sino de caminar con él y obedecerlo. Una doctrina sana también protege a la Iglesia del engaño y al creyente común.

Lo que ocurre hoy: escudriñar las Escrituras

Las ideas sobre la Trinidad pueden aparecer en conversaciones cotidianas. Alguien puede decir que la Trinidad es un invento de los concilios, que Jesús es el Padre, que Jesús fue creado o que el Espíritu Santo es solamente una energía positiva. En todos estos casos pueden aparecer diferentes versículos.

La respuesta presentada es no construir una doctrina sobre un versículo aislado. Hechos 16:11 habla de escudriñar cada día las Escrituras para comprobar si las cosas eran así. Los creyentes de Berea no aceptaban algo simplemente porque lo dijera un predicador famoso, ni lo rechazaban porque alguien influyente lo negara. Escudriñaban la Biblia todos los días.

Esa debe ser también la costumbre del creyente: escudriñar la Palabra.

Juan el Bautista como modelo de testimonio

Juan el Bautista no se puso a sí mismo en el centro. Vio al Hijo, fue testigo del Espíritu y escuchó el testimonio del Padre. Su respuesta no fue la especulación, sino el testimonio: «Y yo le vi y he dado testimonio de que este es el hijo de Dios.»

Juan no intentó explicar completamente el misterio de la Trinidad mediante una fórmula perfecta. Simplemente dijo lo

que había visto y señaló a Jesús. Ese es el modelo presentado para quienes quieren dar testimonio de su fe.

Lo que la Biblia revela y lo que guarda en secreto

La Biblia permite afirmar que hay un solo Dios, que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios, y que los tres son personalmente distintos. Al mismo tiempo, la Biblia no ofrece una explicación filosófica completa de cómo funciona internamente el ser eterno de Dios.

Deuteronomio 29:29 declara: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios.» Por eso, la doctrina sana no consiste en explicar completamente a Dios, sino en creer correctamente lo que Dios ha revelado de sí mismo. Esta enseñanza mantiene la firmeza de la verdad y, al mismo tiempo, la humildad ante aquello que permanece en secreto.

Cómo vivir esta verdad cada día

La comprensión de la Trinidad no debe quedarse solamente en la mente, sino reflejarse en la manera de orar, descansar y relacionarse con Dios. Al Padre podemos acercarnos como hijos; al Hijo podemos confiarle nuestra vida y adorarlo; y del Espíritu Santo podemos dejarnos guiar cada mañana.

Efesios 2:18 lo resume diciendo que por medio del Hijo tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Por medio del Hijo, por el Espíritu al Padre. Esta es la manera en que el texto resume el evangelio.

Paso 1: Conoce al Dios verdadero

Conocer al Dios verdadero significa no construir una versión de Dios según aquello que nos resulta cómodo. Jesús afirmó que

la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien él envió.

Conocer a Dios como Padre, Hijo y Espíritu no es simplemente un examen de teología. Es pasar de orar a una idea vaga a orar a alguien real que conoce nuestro nombre. En los momentos cotidianos, conocer al Padre permite acercarse a él como hijo, conocer al Hijo permite confiar en él y conocer al Espíritu permite saber que guía nuestra vida.

El texto propone dedicar cinco minutos antes de dormir a repasar en voz alta lo que la Biblia dice del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No se trata simplemente de memorizar teología, sino de recordar a quién estamos hablando cuando oramos.

Paso 2: Habla con el Padre como hijo

Romanos 8:15 habla del espíritu de adopción por el cual clamamos: «Abba, Padre.» La invitación es a acercarse a Dios no como a un juez lejano, sino como a un Padre cercano.

El texto propone comenzar la oración reconociendo a quién estamos hablando. Cuando llega el cansancio, las preocupaciones económicas o la preocupación por los hijos, podemos comenzar diciendo: «Padre». Esa palabra recuerda que no estamos hablando con un poder distante, sino con un Padre que nos adoptó, nos ama y nos dio a su propio Hijo.

La invitación es cambiar la manera de comenzar la oración y acercarse al Padre con confianza, sin miedo, sabiendo que escucha.

Paso 3: Descansa en la obra

completa del Hijo

Si Jesús es plenamente Dios y plenamente hombre, su obra en la cruz es suficiente, completa y definitiva. Hebreos 9:14 habla de la sangre de Cristo que limpia la conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo.

Muchas personas viven agotadas espiritualmente porque creen que deben ganarse el amor de Dios cada día. Sin embargo, si el Hijo eterno se ofreció a sí mismo por nosotros, esa obra ya está terminada.

Cuando aparezca el sentimiento de no ser suficiente, el texto propone recordar: «Cristo ya pagó lo que yo no podía pagar.» Descansar en Cristo no significa pasividad, sino servir, trabajar y amar desde una base sólida y no desde el miedo.

Paso 4: Depende del Espíritu Santo en lo cotidiano

Si el Espíritu Santo es una persona divina que habla, guía y enseña, podemos contar con él no solamente en los grandes momentos espirituales, sino también en las decisiones cotidianas. Juan 16:13 dice que él nos guía a toda verdad.

Esto puede aplicarse a la manera de responder a un compañero de trabajo difícil, a las palabras que utilizamos con un hijo adolescente o a la forma de afrontar una discusión familiar sobre las finanzas. Antes de tomar una decisión importante, el texto propone detenerse y orar sencillamente: «Espíritu Santo, guíame.»

También invita a aprender a escuchar en los momentos cotidianos, mientras realizamos tareas, esperamos o conducimos. El Espíritu Santo no solo habla en el templo, sino también en lo cotidiano.

Paso 5: Vive como testigo, no como experto en debates

Juan el Bautista no ganó un debate teológico sobre la Trinidad. Simplemente dijo lo que vio y señaló a Jesús. La enseñanza es que conocer esta verdad no debe convertirse en una herramienta para ganar discusiones en las redes sociales o en la mesa familiar.

Cuando alguien tenga dudas sobre quién es Dios, podemos acercarnos con humildad e invitarle a leer juntos la Biblia. El objetivo no es demostrar que sabemos más, sino compartir lo que hemos visto en las Escrituras.

Juan menguó para que Cristo creciera. Esa también puede ser la meta en cada conversación sobre la fe: no que los demás vean quién sabe más, sino que vean a Jesús.

Una verdad para conocer, vivir y compartir

La escena vuelve al río Jordán. Jesús está en el agua, los cielos se abren, el Espíritu desciende y el Padre habla. Juan, en lugar de guardar aquella revelación para sí mismo, señala a Jesús y declara: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.»

Quizás nunca podamos explicar por completo el misterio de la Trinidad, pero sí podemos conocer lo que Dios ha revelado. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios y Dios es uno. No son tres dioses, no es un Dios que cambia de personaje, Jesús no es solamente un profeta y el Espíritu Santo no es simplemente una fuerza.

Esta verdad no es solamente una doctrina para discutir en un salón de clases. Es la revelación del Dios que adoramos, del Cristo que nos salvó y del Espíritu que obra hoy en nosotros.

Como Juan el Bautista, nuestra respuesta es señalar a Jesús y decir con toda nuestra vida: «He aquí el cordero de Dios.»

Oración final

Padre celestial, gracias porque no eres un Dios distante ni inventado por nosotros, sino el Dios que se ha revelado, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Gracias porque el Hijo eterno se hizo carne para salvarnos y porque tu Espíritu Santo vive hoy en cada uno de los que creemos.

Perdónanos cuando hemos hecho a Dios más pequeño de lo que realmente es. Enséñanos a acercarnos a ti como hijos, a descansar en la obra completa de Cristo y a depender cada día del Espíritu Santo.

Que, como Juan el Bautista, nuestra vida entera señale hacia Jesús y no hacia nosotros mismos. Gracias porque no estamos solos. El Padre nos ama, el Hijo nos salvó y el Espíritu nos guía. En el nombre de Jesús te lo pedimos. Amén.